

# Sostener casi todo en casi nada.

## La confianza poética de Juan Antonio González Iglesias

Víctor Herrero de Miguel, OFMCap

Licenciado en Filología y en Sagrada Escritura

E-mail: victorherrerodemiguel@gmail.com

Recibido: 9 de enero de 2017

Aceptado: 16 de enero de 2017

RESUMEN: El artículo nos introduce en el más reciente poemario de Juan Antonio González Iglesias, galardonado con el Premio Internacional Ciudad de Melilla, para lo que se sirve de cinco coordenadas: movimiento y quietud, espera y atención, seguir siendo uno mismo, la cercanía de Dios y la confianza.

PALABRAS CLAVE: poesía, Juan Antonio González Iglesias, confianza.

Stefan Zweig, refiriéndose a los *Ensayos* de Montaigne, escribe:

«Hay en estas páginas un *tú* en el que se refleja mi *yo*, la distancia queda abolida, el tiempo se separa de los tiempos. No tengo conmigo un libro, una literatura, una filosofía, sino a un hombre del que soy hermano, un hombre que me aconseja, que me consuela y traba amistad conmigo, un hombre al que comprendo y que me comprende»<sup>1</sup>.

Semejante certidumbre de que, en el negro sobre el blanco del papel, un

ser humano se nos acerca y habla es la que atesoramos al leer a Juan Antonio González Iglesias (Salamanca, 1964). Profesor de Filología Clásica en su ciudad natal, traductor de poetas de diferentes lenguas, él se siente y vive esencialmente como poeta. Sus seis primeros poemarios, más algunas composiciones sueltas e inéditas, aparecen recogidos en *Del lado del amor*<sup>2</sup>, título que –como un

<sup>1</sup> S. ZWIG, *Montaigne*, Acentilado, Barcelona 2008, 23.

<sup>2</sup> J. A. GONZÁLEZ IGLESIAS, *Del lado del amor. Poesía reunida (1994-2009)*, Visor, Madrid 2010. En su interior se encuentran los siguientes libros: *La hermosura del héroe* (1994), *Esto es mi cuerpo* (1997), *Un ángulo me basta* (2002), *Selva de fábula* (1995-2002), *Olímpicas* (2005), *Eros es más* (2007).

emblema sobre un escudo— expresa una vocación y un cumplimento. Nuestro acercamiento, vertebrado en cinco coordenadas, se centrará en su séptimo y más reciente trabajo: *Confiado*<sup>3</sup>.

### 1. Movimiento y quietud

El libro –cincuenta poemas que coinciden con los cincuenta años del hombre que está tras ellos en el momento de escribirlos— es una afirmación de la existencia, un sí a la tierra que se pronuncia, en el poema que lo abre, bajo el agua:

«Media hora de *snorkel* equivale a la inmortalidad. Entro en el mar con la memoria del nadador griego que en su policromía se zambulle desnudo y confiado. El agua guarda todo lo bueno que merecemos (...)  
Animal en contacto, soy poeta.  
No distingo la piel del intelecto.  
Media hora de *snorkel*. Vuelvo al mundo.  
Quiero seguir desnudo y confiado».

Yendo del primer al último poema (*Siesta en Cannaregio*), comprendemos la circularidad perfecta de la obra, el arco que traza la palabra que mora en su interior:

«Dos que se duermen abrazados, borran

---

<sup>3</sup> J. A. GONZÁLEZ IGLESIAS, *Confiado*, Visor, Madrid 2015. El libro fue galardonado con el XXXVI Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla.

los problemas del mundo, no tan sólo los suyos. En su abrazo se contiene mucho más que ellos dos (...)

Esa confianza  
de cada uno en el otro está fundada  
en la respiración del universo».

Sobre ambos encuentros (con la corporalidad intangible del agua y con lo que, revelándose en el abrazo, trasciende lo corporal del hombre) todo se sostiene. En la palabra coinciden movimiento y quietud, exploración y hallazgo. Ambas imágenes –el cuerpo sumergido en el mar y los dos cuerpos que saltan unidos hacia el sueño— son parte, en escalas diferentes, de una misma partitura: un himno a la vida compuesto con la música que emanan las criaturas, las palabras y las cosas.

*Confiado* es la materialización en acto lingüístico del acto mismo de existir: un *ars vivendi* a la vez que un *ars poetica*. El poeta mismo nos lo explica en el *Prólogo* del libro, unas páginas donde el lenguaje brilla por su perfección formal y por su contenido lúcido:

«Aristóteles define el miedo como un sufrimiento anticipado, por un mal que nos aguarda en el futuro. Lo contrario –la percepción del futuro como un bien— tiene que tener un nombre. Creo que es la confianza».

Véase cómo la definición misma del concepto está imbuida del sentido que se adjudica al mismo, pues percibir lo que está por venir y poder nombrarlo es, en palabras gratas a Steiner, prueba de la capacidad humana de confiar: el futuro, según él, es la esperanza verbal.

### 2. Espera, recuerdo, atención

Esta singladura confiada hacia *lo que venga* se realiza desde la meditación acerca de *lo que hubo ayer* y la mirada a *lo que hay hoy*. La tríada –espera, recuerdo, atención– aparece en el poemario encarnada en realidades pequeñas y simples. Así, en el soneto *Ha brotado la parra, verde y roja* se constata, celebrándolo, el nacimiento de la vida en el adoquín de una calle de París:

«Ha brotado la parra, verde y roja,  
del milímetro roto en el cemento.  
Ya nada detendrá su crecimiento.  
Ya va plantando donde se le antoja  
nuevo estandarte cada nueva hoja,  
trémulo bajo el sol, feliz si lento.  
Bajo la lluvia todo es un momento  
de diminuto bosque que se moja».

La grandeza de este pequeño brote recuerda a las palabras de Dios que Ezequiel transmite: “Yo, el Señor, humillo el árbol elevado y elevo el árbol humilde” (Ez 17,24). O a los *ipsa volentia rura*, los campos

que, según canta Virgilio, por voluntad propia generan y regalan vida (*Geor.* II, 500). En otra composición el poeta reitera el mismo motivo, aunque esta vez la revelación de la fuerza espontánea de la vida no provenga del mundo vegetal sino de un encuentro con alguien en el inicio de un nuevo otoño:

«Recibimos muestras inesperadas de  
[amor  
que nos protegen para siempre (...)  
Este hombre joven  
y ahora mismo ebrio  
recién cruzada la frontera de la  
[medianoche  
ha tocado con su puño mi corazón y  
[el suyo.  
Ha besado mi cabeza y mi mano.  
He ha dicho algunas cosas  
que pocas veces he oído».

El hecho de que el suceso tenga lugar con un desconocido hace, en este caso, más sólida la estructura del amor, pues revela –conforme a la concepción clásica de Eros (“un dios que cura las heridas / salva los desniveles sociales, / descoloca / las cosas y a los hombres y los pone en su sitio”)– los hilos invisibles con que la divinidad une entre sí y consigo a todos los seres. Es lo que, en una noche transcurrida en una discoteca, el poeta contempla:

«Dios quiere que esta noche haya  
amor para todos.

Él permanece inmóvil mientras todos  
[se mueven,  
porque sabe el alcance de la noción de  
[danza (...)  
Se ofrece como centro. Él, creador de  
[la noche,  
no interfiere en el giro de los cuerpos  
[celestes,  
pero su amor anima cada ardiente  
[diástole  
y respira en los poros de las pieles  
[muy próximas.  
Dios conoce uno a uno a todos los que  
[aman».

González Iglesias no distingue el *yo poético* del *yo* que encuentra en el espejo, y es por eso que en un mismo poema, en la pista de baile, aparecen juntos pensamientos teológicos, ritmos de canciones nocturnas o citas de poetas. Así, este poema sorprendente concluye así:

«Y yo, que bebo solo con un verso de  
[Elisabeth  
Barret Browning rondando por mi  
[sangre, recuerda  
lo que ya para siempre te abraza no es  
[la muerte  
sino el amor».

En *Un vaso de agua fría* (pequeña crónica de un viaje por Palestina e Israel) o en *Teoría del regalo* lo que afirma la vida es aquello que los hombres ponemos gratuitamente en las manos de los otros. En el segundo poema leemos:

«Suceda  
lo que suceda, el acto del regalo  
y su objeto tangible nos escoltan.  
Como estrellas estables nos orientan.  
Belleza de la cosa y del razonamiento,  
palabra sin palabras, el regalo  
frente a los desconciertos, permanece  
del lado de la vida».

Esta posibilidad de que unas personas actúen, con acciones tan mínimas, en favor de otras personas tiene su explicación en la recepción de la vida como regalo y en el bien que, en la presencia de la luz o en el sonido de la lluvia, el universo nos ofrece. Prestemos oído al oído del poeta:

«Escucho el agua clara  
que desciende del monte tras la lluvia,  
el gorjeo del pájaro  
en la tarde  
primaveral de octubre,  
la respuesta  
de cada cosa a cada cosa. Caen  
hojas sobre la tierra como frutos.  
No creo  
que la niebla de ayer,  
ni el sol de hoy,  
ni esta lluvia de ahora,  
este aroma sin precio  
sean sólo para mí».

González Iglesias, un enamorado de Francisco de Asís (véase el espléndido *Francesco* del poemario *Un ángulo me basta*) ha ido, con el tiempo, franciscanizando su poesía, haciéndola más afín a la mira-

da del santo: cada vez más simple, más generosa, más diáfana. El poema anterior u otros muchos presentes en el libro (*Los pájaros, Siete hectáreas de bosque, Mikrós Diákosmos*) así lo demuestran.

### 3. Seguir siendo uno mismo

Otro de los pilares en los que González Iglesias asienta su confianza es, invocando de nuevo a Montaigne, en el arte más sublime: *res-ter soi-même*. Encontramos, latente en todo el poemario y central en un puñado de piezas, el convencimiento de la importancia del cultivo de una resistencia íntima que, volcada en actitudes concretas, nos proteja de las ideologías y las modas. Son varios los tonos con que tal deseo se expresa. En primer lugar, la bienaventuranza:

«Benditos los ignotos,  
los que no tienen página  
en internet, perfil  
que los retrate en facebook,  
ni artículo que hable  
de ellos en wikipedia (...)  
Benditos los que viven  
como cuando nacieron  
y pasan la mañana oyendo el olmo  
que creció junto al río  
sin que nadie  
lo plantara.  
Benditos los ignotos,  
los que tienen  
todavía  
intimidad».

El poema es encabezado con una cita tomada de *Das Göttliche (Lo divino)*, en donde Goethe alaba la generosa bondad de aquellos desconocidos que constituyen la medida de lo humano. Las dos estrofas centrales suenan así: «Honrado sea el hombre / generoso y bueno: / pues sólo eso / lo diferencia / de todos los seres / que conocemos. / ¡Gloria a los ignotos, / elevados seres / que presentimos. / A ellos se iguala el hombre, / su ejemplo nos enseña / a creer en aquellos»<sup>4</sup>.

En *Libérame del reino de la cantidad*, el poema más largo de cuantos aparecen en el libro, la palabra poética se convierte en salmo suplicante:

«Libérame del reino de la cantidad (...)  
Haz para mí este milagro mínimo  
como la hoja recién brotada  
del sauce (...)  
Consigue que me escuchen aunque sea yo el único  
que dice lo que digo (...)  
Libérame de las estadísticas, de  
los altavoces, de los muchos.  
Libérame del ingenio que seduce  
a los fáciles (...)  
Otorga transparencia a mi futuro.

---

<sup>4</sup> Edel sei der Mensch, / hilfreich und gut, / denn das allein / unterscheidet ihn / von allen Wesen, / die wir kennen. / Heil den unbekanntem / höhern Wesen, / die wir ahnen! / Ihnen gleiche der Mensch! / Sein Beispiel lehr uns / jene glauben.

Invístemme con la soberanía del árbol,  
guarda para mí una partícula de la integridad de Sócrates cuando moja sus pies en el río de Atenas.  
Que pueda soñar único, escribir como único rodeado de únicos».

Esta apología de lo cualitativo tiene su punto de apoyo en aquellos que, como Tomas Tranströmer (poeta al que González Iglesias cita dos veces en el libro), han sabido no separar palabra y lenguaje o, como Philippe Jaccottet (a quien también menciona y admira), han resistido a los cantos de sirena del éxito o el poder. Así pasa cuenta el creador suizo al curso de su vida:

«¿Tantos años para tan parco saber, corazón tan débil?  
¿Ni un desgastado óbolo con que pagar al barquero, si se acerca?  
—Me surtí de hierba y agua rápida, permanecí liviano para hundir menos la barca»<sup>5</sup>.

Volviendo a nuestro libro, es precisamente a los seres en cuya livianidad encuentra su fuerza a quienes el poeta ensalza y propone como modelos:

«Quienes se oponen obstinadamente a las modas, merecen una estatua distinta, una copa de vino decantado con tiempo, o una línea de oro recitada en voz alta. Tal vez una inscripción, el [reconocimiento de sus conciudadanos: A los que no cedieron».

Vemos aquí la claridad de la poética de Horacio, a quien González Iglesias ha traducido y cuya concepción de la poesía tan bien conoce. No en vano, el Venusino —aplicando categorías éticas a argumentos literarios— distingue entre el afán de lucro que obtura los corazones y la bondad cifrada en aquellos «poemas que merecen ser ungidos / con aceite de cedro y custodiados / en pulidos estuches de ciprés»<sup>6</sup>. Y es que la poesía y la existencia, la palabra y el acto de vivir son lo mismo. Así nos lo explica nuestro poeta en la apertura de *Confiado*:

«Educado en la literatura humanística, confío en ese Logos que, como dijeron los estoicos y el evangelista, es el principio del universo. Si hay que volver a decirlo todo en griego, entiendo que la poesía es una ética y una física. También una metafísica. En

---

<sup>5</sup> P. JACCOTTET, *Pensamientos bajo las nubes*, Calima, Palma de Mallorca 2002, 21.

---

<sup>6</sup> HORACIO, *Arte Poética*. Introducción, traducción, notas y comentario de J. A. GONZÁLEZ IGLESIAS, Cátedra, Madrid 2012.

este reino de la cantidad que es la cultura de masas llevada a su paroxismo electrónico, es posible que la poesía sea el último idioma cualitativo. En el reino de las prisas, puede que sea el último lenguaje auténticamente lento».

#### 4. La cercanía de Dios

En poemas de libros anteriores, González Iglesias ubica la presencia de Dios en diversas realidades, como en el cuerpo del amante:

«No prosiga la vida su tejido confuso.  
Entonces será dulce temblar ante tu  
[piel  
y morir, y acercarme, y sentir solamente  
esa extensión suave de Dios entre mis  
[manos».  
(*Profecía de tu piel maravillosa*)

O en el Amor que hace posible todo encuentro amoroso:

«en lo más intrincado del bosque del  
[abrazo,  
estará el que es más grande que tú y  
[que yo y nos ama».  
(*Momentos de una profecía*)

También en aquello que, abriéndonos más allá de nosotros, nos hace únicos:

«Tú y yo, como el ave que renace,  
como Dios, como el sol, como las sílabas  
de los versos mejores, como el ave  
que renace, como esta primavera

de bronce que la torre de Montparnasse levanta para ti, estaremos siempre del lado de los números impares».

(*Tú y yo, como el ave que renace*)

De igual modo, e invocando las palabras de un gran maestro del baile, hallamos a Dios en la reflexión acerca de la hermosura:

«Nijinski dice: mi mujer no entiende mi belleza,  
porque no tengo rasgos regulares.  
Los rasgos regulares no son propios de Dios.  
Yo amo todas las formas y toda la belleza».  
(*Apología de las formas irregulares*)

En *Confiado*, por su parte, Dios parece el folio en blanco sobre el que se imprime cada página. Su presencia es explícita en algunas. Así, en *Inesperadamente*, sobre la etimología del nombre *Rafael* se profetiza la terapéutica acción divina:

«Lo esperado sucede  
[inesperadamente (...)  
Como el agua que fluye pasarán  
[muchos meses  
hechos de muchos días. Habrá que  
[darlo todo  
por perdido. Dormirse muy cerca de  
[la nada.  
Pero despertaremos. Un día de febrero  
respiraremos aire que contendrá  
[futuro.  
Se acabará el desorden de nuestros  
[corazones  
y se ensanchará el pecho de los que se

[angustiaron.  
Con el mismo silencio y la misma  
[dulzura  
con que llega la nieve, se cumplirá de  
[pronto  
el nombre del arcángel que significa  
[Dios  
ha curado».

Nótese cómo fondo y forma, cauce y canal coinciden y se sobreponen, pues el mismo orden que profetiza, la misma sensación de anchura y el mismo sabor que anuncia –incluso ese cristal de silencio sobre el que se espeja la palabra– son los materiales con que se construye el poema. En *A la buena de Dios* (y haciendo gala de su capacidad de hacer ver qué cerca están los aparentemente contrarios), el poeta reconoce la teología de una acracia verdadera:

«A la buena de Dios, como decía la pintada que vi cuando cruzábamos un polígono cerca de Madrid. Y escrito igual, así, con la A mayúscula dentro de un círculo. Era la armonía entre dos formas de entender el mundo antagónicas, tanto que coinciden perfectamente. El sueño de ser libres sin nadie por encima, sin más planes que los propios, cumpliendo *ni obéir ni commander*, el lema de los hombres que aborrecen las mil esclavitudes del poder, del dinero, de la fama. Y el sueño de ser libres confiando en que alguien ve las cosas del pasado y del futuro y cuida de que todo tenga un sentido y deja que se vaya

la historia desplegando como un mapa del tesoro, aunque sea incomprendible. Ácratas y cristianos, a la buena de Dios, haciendo juntos el camino»

Un capítulo aparte lo forman las referencias a Jesús de Nazaret, presentes ya en su poesía anterior. En *Esto es mi cuerpo* –título en el que Whitman y Cristo se dan la mano– figura un hermoso poema del que el Crucificado es el centro:

«No los viajes. No el sexo.  
No aventura ninguna. No el deporte.  
No los libros. Ni el arte. Ni la música.  
¿Quién nos redime  
de la totalidad de la melancolía,  
de la totalidad de la tristeza,  
de la totalidad  
del dolor en el alma, sino Tú,  
tu delicada perpendicular  
hecha sólo de amor?»

La insistencia en la negación (*no / ni*) y la triple repetición de la anáfora que enfatiza el conjunto de la existencia (*de la totalidad de*) prepararan el camino para la aparición de ese *Tú* que, desnudo de toda marca, se convierte en afirmación absoluta y en realidad plena —*hecha sólo de amor*— en la que todo alcanza sentido. En *Confiado*, las alusiones a las palabras y acciones de Cristo son significativas. Así, en el poema inaugural, se compara el mar con una *interminable túnica inconsútil*, con una *llanura para que algunos caminen sobre ella*. En otra



pieza vemos el brillo del lenguaje evangélico:

«En Eliot he leído  
que corresponde al santo  
en nuestros días  
hilar el tiempo con la eternidad,  
pero en verdad os digo,  
tal como están las cosas,  
que en esa misma hebra  
tendrá que hilar también  
sabiduría  
con ignorancia,  
viaje  
con inmovilidad,  
y la revolución  
con la rutina».

No se trata de un mero adorno verbal sino que, con la expresión arcaizante *en verdad os digo*, se infiere al poema el mismo golpe de radical observación del mundo que subyace en los pasajes evangélicos. Unas páginas después, el poeta nos traslada hasta Florencia, de cuyas calles recuerda una inscripción (extraída de un poema) que se convierte ahora de nuevo en parte de un poema:

«Estas palabras, *figlia del tuo figlio*,  
que tanto nos acompañan,  
antes que en ningún libro, antes que  
[en Dante,  
antes que en los Cuartetos  
de Eliot, las leí  
en la calle una tarde,  
suspensas casi sobre mi cabeza (...)  
y volví a leerlas muchos días  
camino de las clases o de casa,

cambiando a veces mis itinerarios  
sólo por detenerme unos momentos  
ante el lenguaje (...)  
Me siguen dando fuerza. Más ahora  
que comprendo algo más su dulce  
[enigma».

No sorprende que una frase serena y encoraje a quien, como leemos de su propia mano, *ha confiado toda su aventura al lenguaje*. Fascinado por las palabras de Jesús, vemos en su enunciación una certera comprensión de su sentido más profundo, como sucede al final de *Vivre d'amour et d'eau fraîche*:

«Vivir de amor y de agua fresca  
[—dicen—  
como si fueran diferentes.  
El agua fresca que discurre o mana  
de la tierra, esperando ser un trago.  
Y el amor, que también busca la boca.  
Lo mismo es el amor que el agua  
[fresca.  
Vivir del aire, sí, vivir del aire.  
Vivir de nada, ser feliz con nada,  
con casi nada, porque lo demás  
vendrá, si viene, por añadidura».

### 5. El acróbata ante la puerta

Hay dos poemas que concentran, como un zumo las propiedades de la fruta, todo el sabor del libro. El primero se titula *Homenaje a Antonio López*:

«Antonio López: *Siempre estoy en manos de los demás, de alguien que me deje un balcón, o de alguien que se preste*

a posar. Siempre estoy en manos de algo.  
Y así está bien, pues ¿qué pintor podría,  
qué poeta, qué acróbata podría  
igual que un dios a sí mismo bastarse,  
andar con prisas por su cuerda, y  
[menos  
pretender algo a pesar de tanto  
como lo ensaya todo? Estamos siempre  
en las manos de otros. ¿Para qué  
pretender un dominio sobre el mundo  
que no tenemos? Y esto —aceptación  
o desentendimiento— todo esto  
está directamente —no sé cómo—  
[relacionado con la lentitud.  
¡Qué preciosos, los límites humanos!  
¿Qué pintor, qué poeta, quién podría,  
qué acróbata podría caminar  
sin confiarse por entero al aire?».]

Sobre las palabras del maestro del realismo se levanta esta visión del fondo claro que la realidad revela: todo es concesión, don oculto, denario que alguien deposita en nuestra mano. El buceador que encontramos al inicio de *Confiado* es ahora un acróbata, el que *toca el planeta Tierra bajo el agua* camina aquí suspendido en el aire, protegido por él. Son precisamente los límites humanos los que ensanchan el espacio a donde el hombre llega.

El poema central del libro, que coincide en su título con el del propio poemario, constituye el autorretrato de González Iglesias, un *selfie* del poeta con la vida al fondo:

«Pongo mi corazón en el futuro.

Y espero, nada más.  
De los dos monosílabos prefiero  
el más claro, el sencillo, el que despliega  
un lienzo en el que todo  
podrá ser. El amor  
dará firmeza a lo que digo. Estoy  
con los que creen sin ver, con los que  
[andan  
sobre las aguas. Cuando el mundo  
[entero  
o mi mundo se hundan  
tantas veces, entonces  
algo relacionado con los pájaros  
y los lirios me salva.  
Entonces tengo todas las palabras.  
Sueño palabras. *Fluctuat nec mergitur*.  
Prefiero abril. No sé cómo decirlo.  
En una calle estrecha de Venecia  
he encontrado una casa con un lema  
breve sobre el dintel, inscrito en piedra  
hace siglos, legible todavía,  
que franquea la entrada. Ancora spero.  
Tenemos que elegir. Ésa es mi puerta».

Una triple referencia al Evangelio figura en el corazón del poema: creer sin ver, caminar sobre las aguas y aprender de pájaros y lirios (*los maestros alegres, divinamente instituidos*, según Kierkegaard) el arte de la vida. Junto a la tríada, el adverbio de afirmación (también con el eco evangélico de la claridad del *sí*) aparece como la tela sobre la que se escribe la existencia. El mes de abril, el lema (*fluctuat nec mergitur*) que acompaña a la imagen del escudo de París (un barco a flote en un mar tempestuoso) y la inscripción tallada en el dintel de una puerta de Venecia (*ancora*

*spero*) completan el imaginario del poema, la pieza medular de este retablo acerca de la confianza que es el libro.

*Confiado*, como toda poesía verdadera, llega para quedarse con nosotros. Lo leemos para que sea

la palabra poética quien nos lea, quien nos sostenga –en estos tiempos de identidades revueltas– en la aventura gozosa de construir un mundo personal ancho y abierto a los encuentros verdaderos. Porque vivir es confiar. ■

---

# SALTERRAE



ARNALDO PANGRAZZI

**Corazones al servicio  
de las fragilidades  
humanas**

*Voluntarios,  
testigos de esperanza*

136 págs.

P.V.P.: 11,95 €

El fenómeno del voluntariado abarca una infinidad de siglas, identidades, itinerarios formativos y finalidades operativas. Está representado por un sinnúmero de hombres y mujeres, jóvenes, adultos y jubilados que regalan tiempo, proximidad y escucha a las personas que sufren. Los voluntarios representan un enorme depósito de humanidad y esperanza que da sonrisas, enjuga lágrimas, ofrece solidaridad, alivia la soledad y acompaña los diversos viacrucis de quienes sufren. Practicar el voluntariado hace bien a la salud. La presencia de voluntarios humaniza la cultura y la sociedad.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)  
[pedidos@grupocomunicacionloyola.com](mailto:pedidos@grupocomunicacionloyola.com)

---